

EL ESTADO DE LA CULTURA EN LOS NOVENTA: EL DISCURSO DE MENEM Y LA IMPRONTA NEOLIBERAL

Claudia Gabriela Ardini
Escuela de Ciencias de la Información - UNC
claudiaardini@gmail.com

RESUMEN

En esta ponencia nos interesa reflexionar acerca del contexto en el que tuvo lugar y condición de posibilidad la emergencia del discurso¹ neoliberal a través del discurso de Menem en Argentina, y cómo el estado de la cultura en aquél momento permitió la expulsión de textos que pertenecían a su propio entramado y asimiló otros que le eran absolutamente ajenos. El contexto de los noventa articulado al dispositivo de enunciación del discurso de Menem, se configuró como espacio de resolución de la cultura en un momento histórico que fue escenario de cambios profundos en la sociedad argentina.

Los conceptos de cultura, semiosfera, frontera, centro, periferia, entre otros, recuperados desde el pensamiento de Lotman, son espacios productivos a partir de los cuales reflexionar sobre este proceso discursivo. Como es sabido, Lotman plantea metáforas tomadas de otro lugar para caracterizar y explicar procesos de la semiosfera. Desde la perspectiva de Lotman, el concepto macro del cual partimos es el de semiosfera.¹ La cultura es considerada así como un dispositivo pensante, en el que la interacción constituye uno de sus rasgos predominantes. Reflexionar y conjeturar acerca de la circulación de los textos en la cultura, su mayor o menor incidencia en cada momento histórico; es ése el sentido en el que pretendemos hacer uso del concepto de semiosfera y de las metáforas que lo completan, para tratar de comprender el período analizado.

ABSTRAC

In this paper we are interested in ponder about the context in which the neoliberal speech took place and had condition of possibility to emerge through Menem's speech in Argentina, and how the state of culture in that moment allowed the expulsion of texts that belonged to its own framework and assimilated another ones that weren't its own. The 90's context, articulated to the enunciation dispositive of Menem's speech, set itself as a space of culture resolution in a historical moment that was the scene of deep changes in Argentina's society.

The concepts of culture, semiosphere, frontier, center, periphery and others, taken from Lotman's thinking, are productive spaces from which we can reflect about the discursive process. From Lotman's perspective, the macro concept from where we start off is "semiosphere".[1] So, culture is considered a thinking dispositive in which interaction is a predominant feature. Ponder and conjecture about the circulation of texts in culture, its varying incidence in every historical moment; that is the sense in which we intend to make use of the concept of semiosphere and metaphors that complete it, to try to understand the analyzed period.

[1] Semiosphere according to Lotman's concept, as a complex cultural system whose dynamism allows the circulation of a diversity of texts that can be more conservative and homogeneous or more dynamic and complex.

La Década de los 90. Enfoques teóricos - contexto de enunciación

El discurso es uno de los lugares posibles desde los cuales se puede pensar la historia. Analizar la historia desde los discursos que tienen lugar en un determinado tiempo y espacio de la cultura probablemente sea una de las maneras más intrincadas de abordar ese tiempo que nos precede. Pero es también, más allá de su carácter polisémico, un modo de recuperar los acontecimientos desde los propios actores, sus palabras, sus acciones, sus posicionamientos. ¿Qué condiciones de posibilidad habilitaron la emergencia del discurso menemista y lo instalaron en el orden de lo aceptable y lo decible de una época? (Angenot, 1985)

Algunas respuestas surgen de analizar el contexto de enunciación del discurso de Menem, como espacio de resolución de la cultura en un momento histórico, escenario de cambios profundos en la sociedad argentina. Observar cómo el estado de la cultura en ese momento permitió la expulsión de textos¹ que pertenecían a su propio entramado y asimiló otros que le eran absolutamente ajenos.

El concepto macro desde el cual parte Lotman es el de semiosfera. La cultura es considerada así como un dispositivo pensante, en el que la interacción constituye uno de sus rasgos predominantes. Reflexionar y conjeturar acerca de la circulación de los textos en la cultura, su mayor o menor incidencia en cada momento histórico; es ése el sentido en el que pretendemos hacer uso del concepto de semiosfera y de las metáforas que lo completan, para tratar de comprender mejor el período analizado. Otros conceptos del autor, como cultura, frontera, centro, periferia, entre otros; constituyen categorías posibles a partir de las cuales comenzar a reflexionar sobre este proceso discursivo.

Contexto político de los noventa

La década de los noventa estuvo signada por múltiples acontecimientos que determinaron su fisonomía y marcaron los rasgos que más tarde constituirían su identidad.

La caída del Muro de Berlín, el advenimiento de regímenes democráticos en la ex Unión Soviética, la consolidación de las democracias latinoamericanas, la globalización como fenómeno político, económico, tecnológico y cultural insoslayable, la internacionalización de las economías locales y regionales, entre otros acontecimientos, marcaron los noventa, confiriéndoles características que particularizan esos años como una época de profundos cambios a nivel mundial.

El desplazamiento de las dictaduras militares en la mayoría de los países iberoamericanos parecía abrir las puertas a un futuro de realización de las expectativas de amplios sectores sociales y populares. Así, la libertad, la justicia, la diversidad de ideas, la afirmación de identidades culturales, el acceso a bienes esenciales como la educación y la salud, entre otros, parecían ser el horizonte seguro de sociedades largamente postergadas.

Sin embargo, el advenimiento de estas formas de democracia por sí mismo no fue suficiente para frenar el avance del neoliberalismo, no ya bajo el rigor de los regímenes de facto, sino bajo el amparo de la legitimidad democrática. Legitimidad que luego brindaría el respaldo legal, tanto para el reconocimiento de las deudas externas contraídas compulsivamente, como así también para el desarrollo del proceso privatizador, la apertura de las economías, la libertad de los mercados, etc.

La globalización era el espejo en el que todas las sociedades se miraban, pero devolvía una imagen distorsionada, en la que los países, los pueblos y los hombres parecían todos iguales; todos tenían, potencialmente, el camino abierto a las promesas de esta postmodernidad y la posibilidad de acceso al consumo, ilusoriamente, los igualaba. Bajo la superficie, la realidad discurría por otros senderos. Las asimetrías sociales, económicas y culturales se profundizaban, las sociedades se fragmentaban, las identidades se diluían.

En el caso particular de Argentina, ¿cómo fue esto posible? ¿Cómo se aceptó, casi sin capacidad de reacción, el repliegue del protagonismo social, el avasallamiento a la soberanía, a la cultura, a las instituciones, a la posibilidad de ser por sí mismo, aspectos en los que este país había avanzado tan costosamente?

Seguramente se conjugaron múltiples factores que dieron lugar a lo que algunos caracterizaron como "la segunda década infame". Probablemente la homogeneización discursiva imperante en los 90, fue uno de los pilares sobre los que se construyó la condición de posibilidad de este nuevo escenario. Asimismo, alentó la ilusión de inclusión

y pertenencia a un sistema cuya condición de existencia exigía, paradójicamente, la expulsión, la marginación y la exclusión de amplios sectores sociales. Para que esa hegemonía discursiva fuera posible, debieron darse determinadas condiciones en el orden cultural, económico, político y social. Son esas condiciones, materializadas en los discursos vigentes en aquel momento, las que resultan relevantes para comprender el estado de la cultura como espacio de interacción discursiva.

Neoliberalismo y globalización fueron los conceptos que en los 90 hegemonizaron el espacio discursivo de la época. Sin embargo, ambos términos designan una multiplicidad de fenómenos que, en modo alguno, mantienen univocidad, ni en el sentido ni en la valoración que de ellos se haga. Para algunos es sinónimo de esplendor y expansión social, cultural y económica; para otros, de inequidad, pobreza y exclusión social.

Desde la perspectiva que propone Samir Amin, la globalización se define como un proceso cuyos beneficios se observan en el corto plazo, pero sus consecuencias son altamente destructivas en el largo plazo y, es allí, precisamente, cuando se pone en cuestión la legitimidad del capitalismo. (1997) En ese prisma se cruzan, descomponen y reflejan múltiples (diversas) miradas, traducidas en enfoques diferentes al momento de analizar qué designan, qué involucran, qué complejidad y qué heterogeneidad encierran los términos “neoliberalismo y globalización”.

Lo cierto es que, tal como lo señala Ezcurra, el concepto de neoliberalismo adopta sentidos diversos y, en general, imprecisos; además, la pregunta acerca de qué es el neoliberalismo conlleva, necesariamente, respuestas que exceden el ámbito de lo económico e incluso de la teoría económica; en consecuencia, su análisis requerirá de lecturas, abordajes e interpretaciones interdisciplinarios.

De acuerdo con Ezcurra, se puede hablar de una etapa fundacional del neoliberalismo, que comienza en 1947 y se prolonga hasta fines de la década del 70. En esa etapa se sistematiza un cuerpo doctrinario que consagra una ortodoxia neoliberal originaria, cuya tesis fundamental es que el mercado constituye el instrumento más eficaz para la asignación de recursos y satisfacción de necesidades. El Estado, en esta concepción, debe ser mínimo y funcionar como dispositivo de redistribución en beneficio de las clases más desfavorecidas. Este último principio perdura hasta la actualidad, aunque con matices; el Estado ya no debe ser mínimo, sino que debe transformarse en un Estado eficaz.

El neoliberalismo plantea así una agenda política en base a cuatro ideas-fuerza que van a perdurar, aun con algunas variantes, hasta el presente. Esas ideas podrían resumirse del siguiente modo: promoción del máximo crecimiento económico de libre mercado, aumento de la tasa de ganancia del capital privado, en consecuencia, reducción de costos salariales, merma en el costo de la fuerza de trabajo y auspicio de una firme contención del gasto público-social. (Ezcurra, 1998:14,15)

Estas ideas-fuerza y el principio rector simbolizado en la libertad de mercado, constituyen la columna vertebral de este modelo que se mantiene estable a pesar de ciertas variaciones y matices, y que se podría definir como el paradigma neoliberal.

La globalización aparece así como un proceso indetenible en razón de los importantes avances tecnológicos producidos en las últimas décadas. Sin embargo, es altamente probable que los modelos para la gestión de ese proceso fueran múltiples y diversos. Desde los países centrales, quienes detentaban el poder económico y político, impusieron el ultraliberalismo como única vía de resolución y desarrollo del proceso globalizador y, casi todos los gobiernos de los países periféricos lo asumieron como propio.

Las condiciones que dieron lugar a la ausencia de respuesta de las sociedades a este embate, con consecuencias perjudiciales para amplios sectores de las clases medias y bajas, están profundamente relacionadas con el modo en que se desarrolló el proceso

globalizador. Durante mucho tiempo la influencia de la llamada globalización se confundió con las rutinas habituales del capitalismo visible, relativamente cartesiano, que ocultaba los intereses despóticos y devastadores del ultraliberalismo. (Forrester, 2000)

Esto tuvo su correlato en Argentina y la experiencia del ultracapitalismo, como lo llama la autora, fue asimilada inhabilitando la capacidad de reacción de gran parte de la sociedad. Es probable que el entramado de textos que sostuvo al discurso neoliberal, fuera una de las causas, pero también lo fue el estado de la cultura en aquel momento, cuya permeabilidad permitió la prevalencia de determinados textos en desmedro de otros.¹

En ese contexto ingresa el discurso de Menem, impregnado de dos improntas diferentes: por un lado, la tradición histórica del peronismo como movimiento nacional y popular; por otro, el proceso globalizador, hegemonizado por el discurso neoliberal.

En una suerte de sincretismo discursivo, Menem recupera conceptos propios de la historia y de la identidad del peronismo, pero reformulados desde la mirada que propone el *aggiornado* discurso neoliberal. Es posible que, más allá de la intencionalidad, el discurso de Menem, sobre determinado por la temporalidad histórica en la que se encuentra inscripto, entienda que conceptos como justicia social, independencia económica o soberanía política, son necesarios, pero pasibles de nuevas interpretaciones, de adecuaciones a las nuevas circunstancias históricas.

Auge del paradigma neoliberal. La circulación de otros discursos

Los textos que por entonces circulaban en la cultura y que hegemonizaron en cierta medida el espacio discursivo de los noventa estaban, en general, vinculados al auge de los postulados neoliberales y a la presunción de inevitabilidad del proceso globalizador.

Un aspecto relevante en la identificación de esos textos, está vinculado a las funciones que les son propias y que sobre determinan el sentido de esa interacción. Precisamente en relación con esas funciones Lotman refiere a una que es sustancial a nuestro análisis. Está vinculada a la generación de nuevos sentidos que todo texto contiene en sí, dejando expuesta su carencia de homogeneidad interna y su condición de dispositivo, formado como un sistema de espacios semióticos heterogéneos. (Lotman, 1998:96)

Es probable entonces que determinados textos, vinculados con hábitos y costumbres que configuraban de algún modo cierta identidad cultural, expuestos a la eficacia y contundencia de un discurso mayor, como el de la globalización, fueran empujados a la generación de nuevos sentidos, representaciones diferentes de las que hasta ese momento dominaron el espacio social y cultural.

El esplendor de la globalización y el fin de la historia

En los 80 el neoliberalismo se reposiciona, según la tesis de Ezcurrea, dentro de una nueva formación ideológica: el *neoconservadurismo-liberal*. Pero además, incitado por las administraciones de Reagan y Bush, alcanza una extraordinaria expansión internacional. El derrumbe de los países socialistas alienta aún más este proceso. Los postulados de Hayek y Friedman, fundados en las ideas de Adam Smith, adquieren estatuto de cuasi universalidad y hegemonizan el espacio discursivo de la época, configurando un nuevo sentido común sustitutivo de su antecesor, el estado de bienestar.

Milton Friedman, en *La libertad de elegir* deja expuestos de manera notable los principios que dan sustento al paradigma neoliberal en los 90. Vincula mercado libre con objetivos sociales, obviando las contradicciones que surgen cuando se confrontan conceptualmente ambas expresiones y afirma que no hay contradicción entre un sistema de mercado libre y la búsqueda de notables objetivos sociales y culturales, ni entre aquél y la compasión para con los menos afortunados, siempre que esa compasión adopte, como sucedió en el siglo XIX, formas de actividad benéfica particular o, como sucedió en el siglo XX, de

asistencia a través del estado, a condición de que en ambos casos se trate de un deseo de ayudar a los demás. (Friedman, 1993:199)

Sostiene, en igual sentido, que la defensa de los derechos del trabajador constituye un obstáculo, no sólo para la adecuación de los trabajadores a los empleos posibles; sino para el progreso que supone la implementación de la libertad de mercado.

Al amparo de estos conceptos, la llamada Teoría del derrame alcanzó, por aquellos años, una difusión inusitada. Su tesis afirmaba que la competencia y la libertad de mercado, si bien promovían el crecimiento y la concentración económica en ciertos sectores de la sociedad, en un cierto punto de equilibrio, naturalmente, la bonanza y los beneficios del modelo, comenzaban a derramarse hacia los sectores menos favorecidos.

En sintonía con estas ideas, a comienzos de los 90, la teoría de Francis Fukuyama anunciaba el fin de la historia y se constituía a la vez en el paradigma que gobernó por más de una década tanto el proceso globalizador como las políticas llevadas adelante por los países periféricos que aspiraban a ingresar al “primer mundo”.

El informe Fukuyama primero, y el libro del mismo autor después, expresaban claramente la confianza que el país del Norte tenía en el sistema imperante y en su propia fortaleza y potencia para imponerse como potencia hegemónica.

En el país, además de la situación económica y social que mencionábamos, se fueron generando condiciones más que propicias para la asimilación al nuevo modelo. Uno de los ejes sobre los que se afirmó, fue la privatización de las empresas estatales. Más allá de las deficiencias, algunas inherentes al anquilosamiento, la corrupción y la burocracia estatal y otras claramente provocadas con la intención de desprestigiarlas, se generó un clima social de aversión a todo lo que fuera propiedad del Estado nacional. Simultáneamente, se instaló una suerte de conciencia privatista, impulsada fuertemente desde los medios de comunicación. Así, la sociedad argentina asumía una vez más, enunciados ajenos, sin cuestionar las motivaciones e intereses que daban lugar a los mismos, ni las consecuencias que esto depararía para su futuro.

Zizek sitúa el origen de los 90 en el lanzamiento del libro de Fukuyama, análogamente, plantea que, el derrumbe de las torres gemelas, el 11 de setiembre de 2001, constituye el símbolo principal del fin de los 90. (2002:74). Probablemente sea así, y los acontecimientos de diciembre del 2001 en Argentina serían, en tal caso, una confirmación de que la fuerte impronta de los 90, tal como la habíamos conocido, estaba llegando a su fin. Se generaba, por primera vez en mucho tiempo, una reacción popular de envergadura en contra del modelo vigente.

La ilusión del progreso indefinido

Con la consolidación de la democracia en los noventa, las ideas de desarrollo y progreso heredadas de la década anterior, se presentaban como la única vía de resolución posible para todos los países denominados con el eufemismo “en vías de desarrollo”. Tal parecía ser el destino de estos países, que ostentaban en común el desgraciado privilegio de haber sido empobrecidos, crisis mundial del petróleo mediante, luego compulsivamente endeudados y finalmente expoliados espúreamente de todas sus riquezas y patrimonio económico, histórico y cultural.

En este contexto es aplicable la reflexión de Lotman cuando refiere a las consecuencias de la perspectiva de la causalidad histórica y señala que la historia empieza a ser percibida como una mirada a lo pasado desde el futuro. Entre el relato sobre el pasado y la imagen del “resultado” se establece un vínculo. La historia y la utopía se convierten entonces en dos eslabones de una única cadena. En cierto modo se forma la idea de un modelo ideal de desarrollo histórico. Así, los pueblos se presentaron como alumnos que resolvían una misma tarea: unos la resolvían acercándose al algoritmo ideal, otros con errores; unos se hallaban en las clases iniciales, otros habían avanzado mucho. Como resultado, continúa Lotman, “(...) el concepto de historia se halló indisolublemente ligado a la idea de progreso: el lugar relativo que ocupaba tal o cual hecho de la historia mundial o de culturas nacionales enteras en la escala abstracta “prejuicios-instrucción” determinaba el grado de su progresividad.” (1999:246)

Lotman alude aquí al enfoque científico de la historia que tuvo su apogeo en la Ilustración europea, pero que continuó luego tomando como sustento la teoría darwiniana de la evolución como fundamento general del saber científico.

Se puede establecer una relación entre el proceso descrito por Lotman y lo que acontecía a escala mundial en los 90. Desde esta perspectiva se supone la existencia de un único camino posible y que el éxito o fracaso de un país se medirá por la cercanía o distancia que de éste se tenga.

Historia y progreso aparecen así ligados de manera indisoluble e instalan un modo único de pensar el mundo, en contraposición a la diversidad de lecturas que admiten los distintos procesos históricos, políticos,

sociales y culturales de cada país, de cada sociedad. Otros autores, como Lander o Castoriadis en su momento, aluden a este tipo de analogía. Lander, por ejemplo, lo expresa en términos de que la sociedad liberal, asumiendo connotaciones de universalidad, señala cuál es el único futuro posible de todas las otras culturas o pueblos. Quienes no logren incorporarse a esa marcha inexorable de la historia, están destinados a desaparecer.

Estos conceptos encuentran cierta relación con las ideas de desarrollo de los países y de progreso infinito sobre las que reflexiona Castoriadis para referirse a la relación asimétrica entre los llamados países centrales y los del Tercer Mundo.

En consecuencia, se adoptó la terminología internacional oficial. Esos países, llamados anteriormente, con una sincera brutalidad “atrasados”, y luego “subdesarrollados”, fueron cortésmente llamados “menos desarrollados” y finalmente “país en vías de desarrollo”, hermoso eufemismo para significar que, de hecho, esos países no se desarrollan. De este modo, Occidente se pensaba, y se proponía, como modelo para el crecimiento del mundo. El estado normal de una sociedad, lo que se consideraba como el estado de madurez designado con este término que aparentemente cae por su propio peso, era la capacidad de crecer indefinidamente. (Castoriadis, 1984:7)

Estas reflexiones son un verdadero antecedente de lo que luego conocimos como pensamiento único o pensamiento hegemónico. Muy pocos cuestionaban la idea de progreso indefinido *per se*; en realidad lo que en todo caso sí se cuestionaba era la imposibilidad o dificultad de acceso que algunos países tenían a los beneficios de la producción y el consumo desenfrenados. De acuerdo con conceptos de Lotman, podríamos pensar que la tarea de los países en vías de desarrollo consistía en acercarse al “algoritmo ideal”, es decir, en este caso al modelo propuesto por los países centrales, el modelo liberal-capitalista. En modo alguno se consideraban las implicancias que, en el largo plazo, ese modelo de desarrollo - la aplicación de estas políticas- iba a tener para estos países. Tampoco se discutía la legitimidad del modelo propuesto, no sólo para los países llamados periféricos, sino para todos los países, pues se propone un desarrollo infinito y desenfrenado cuando se sabe que los recursos naturales son finitos y agotables. Por consiguiente, la degradación del planeta fue una de las consecuencias predecibles de este proceso. Sin embargo, ésta fue la ilusión de los 80, consolidada en los 90, cuando países como la Argentina perdieron de vista su propio camino, su propia historia, para subirse, como furgón de cola, “al tren de la historia” pero de la historia de los otros, los países del llamado primer mundo.

Lotman señala que la mirada del pasado al futuro y desde el futuro al pasado cambia el objeto observado. Cuando miramos hacia el futuro, vemos el presente como una compleja gama de posibilidades, todas realizables. Empero, cuando observamos el pasado, lo acontecido se presenta como la única alternativa posible. (1999:172) De ese modo, las posibilidades irrealizadas se transforman para nosotros en posibilidades que fatalmente no hubieran podido realizarse. Probablemente algo de ese fatalismo imperó en los noventa, cuando la libertad de mercado se presentó como el único proyecto posible, cuando en el pasado, esta sociedad había sido capaz de imaginar alternativas bien diferentes para su futuro.

¿Qué mirada teníamos como sociedad a comienzos de los 90? ¿Qué mitos alimentaban la ilusión del progreso, del consumo desmedido, del acceso a un idealizado “primer mundo”? En definitiva ¿cómo fue posible la asimilación en la cultura de elementos extraños? Lotman sostiene que en la cultura hay mecanismos de estabilización y desestabilización, que son “metadescripciones de la norma cultural que constituyen la base para la creación de nuevos textos y, al mismo tiempo, prohíben textos de determinada especie”. (1999: 48)

La incorporación de textos ajenos y la expulsión de otros que antes ocuparon un lugar central en nuestra cultura, suponían la probabilidad de que podían colisionar entre sí,

pero no fue así; al menos no de una manera explícita y contundente. No hubo una resistencia clara a las políticas diseñadas. Cuando hablamos de textos extraños o ajenos a la cultura nos referimos a discursos vinculados con la libertad de mercado, el acceso al primer mundo, la panacea del consumismo, la preeminencia de lo individual antes que lo colectivo, la apología de las privatizaciones, etc. En relación con los textos pertenecientes a la cultura, hablamos de aquellos que una gran parte de la sociedad construyó, como representaciones sociales, a partir de las condiciones generadas por la preeminencia del modelo de *estado de bienestar*. Esas representaciones giraban, de modo general, en torno a la justicia social, la cultura del trabajo, un modelo industrial de desarrollo, la idea de un destino común, con intereses comunes como sociedad, el ascenso social, la idea de patrimonio y soberanía nacional, entre otros.

Los 80. La década perdida

El advenimiento de la democracia en los 80 significó, para la mayoría de los argentinos, la condición de posibilidad más clara que este país podía alcanzar para la realización de sus objetivos como pueblo y como nación. La Argentina podía volver a *ser* en un proyecto colectivo, más allá de las diferencias y de los históricos antagonismos que signaron su historia. En el imaginario de esta sociedad emergía con fuerza la idea de democracia como un valor superior que garantizaba la concreción de los sueños y la satisfacción de todas las demandas sociales. "...con la democracia se come, con la democracia se educa, con la democracia se cura,..." decía el Presidente Alfonsín, como si la sola enunciación de su discurso hiciera posible el milagro. Waldo Ansaldi refiere a este fenómeno señalando que una característica del proceso de democratización iniciado en los ochenta, alimentada por políticos y científicos sociales, es la de atribuirle a la democracia un conjunto de capacidades virtuosas, casi mágicas, capaces de convertirla en algo más de lo que efectivamente es. (Ansaldi, 2006:23)

Luego de tantos años de autoritarismo impuesto por la dictadura militar, era de esperar que el advenimiento de la democracia generara tamaña expectativa. En aquel momento hubo tentativas de desarrollo basadas en el modelo de acumulación económica, vigente antes del Proceso militar, pero éstas se dieron en el marco de la llamada "crisis de la deuda externa" que sacudió a numerosos países latinoamericanos. (Svampa, 2005:34)

Esta nueva situación de efervescencia democrática también fue advertida por los grandes grupos económicos que, hasta entonces, habían actuado discrecionalmente bajo el paraguas de las dictaduras. Intuían la imposibilidad de acudir nuevamente a instancias golpistas y por ello fueron ganando espacio dentro de las estructuras partidarias locales. Simultáneamente con ello, Estados Unidos instalaba en el subcontinente lo que Svampa llama una suerte de "mandato" democrático para la región. (2005:31)

La estrategia de estos grupos monopólicos consistió en la asimilación del nuevo orden, pero privilegiando siempre sus intereses y ejerciendo presión cuando éstos se veían perjudicados. Como contrapartida, los sectores sindicales incrementaron el tenor de sus reclamos y repelieron la instauración de políticas neoliberales, a la vez que estrecharon filas con la oposición encarnada por el Partido Justicialista. Así, sin lograr un mínimo marco de acuerdo con la oposición, que hiciera posible el cumplimiento de los objetivos trazados en los albores de su gestión y, frente al fracaso del Plan Austral, el gobierno del presidente Alfonsín transitó los dos últimos años en una pendiente de la que no tuvo retorno.

En este contexto, el gobierno radical manifiesta ya un debilitamiento ostensible y los últimos brotes inflacionarios del 89 generan un escenario de caos y desorden social que precipita la retirada anticipada del gobierno.

Peronismo y menemismo ¿un texto en otro texto?

Se ha intentado explicar desde diversos puntos de vista, como decíamos, la inserción del fenómeno del menemismo dentro del peronismo. Junto a otras, las hipótesis mencionadas en el capítulo anterior, plantean concepciones diversas, y sólo las precisamos como antecedente de las diferentes ideas construidas en torno al peronismo. Entre ellas se encuentran aquellas que entienden al menemismo, como una manifestación más que admite la propia condición ecléctica del peronismo. Más allá de la legitimidad de cada una, nos interesa señalar aspectos que creemos sustanciales en el orden ideológico, histórico y político para poder establecer cómo interactúan los textos en consideración.

Esa condición de movimiento que caracterizó al peronismo en sus comienzos, no pudo ser sostenida por sus dirigentes, particularmente después de la muerte de Perón. Cedieron al influjo de la construcción política imperante en la época y así, el partido, que según el propio Perón, sólo constituía una herramienta al servicio del movimiento, fue ganando espacio hasta transformarse en el eje vertebrador de la construcción política del peronismo. Las organizaciones sindicales fueron desplazadas a un plano inferior, bastante lejano del protagonismo político sustantivo alcanzado anteriormente en el peronismo, desde que orgánicamente tuvieron un 33% de participación en las listas del Partido Justicialista.

En esta mutación, en este cambio operado en su conformación interna, y en su adhesión a expresiones ideológicas externas, podemos encontrar algunas de las claves que nos permitan comprender cómo tuvo lugar el menemismo en el marco ideológico del peronismo.

El concepto de relaciones pragmáticas que propone Lotman permite ver cómo ingresa ese texto que encarna Menem en ese otro texto que constituye el peronismo histórico. Intervienen, probablemente, las representaciones sociales¹ de gran parte de la sociedad, construidas a partir de los primeros gobiernos peronistas, reforzadas luego por la profunda crisis social y económica que atravesó el país en ese momento. Precisamente en esas representaciones aparece el peronismo como un texto portador de esperanza. Menem apela a esa “memoria común” y construye un texto que está íntimamente vinculado con el carácter y el contenido de esa memoria.

Así como la intertextualidad liga un texto al pasado, a través de su vinculación con textos anteriores; al presente, a través de la interacción con los demás discursos sociales; también establece relaciones a futuro, en tanto todo texto implica en su propia génesis una respuesta, una lectura/réplica. A través de esta lectura permitirá su recuperación, su transposición e incluso su tergiversación. (Barei, 1991:37)

En el análisis de estas relaciones se observa que el discurso de Menem discute y responde al discurso de Perón y la posición desde la cual Menem, como enunciador, va engarzando su discurso en los eslabones de esa cadena dialógica que lo vincula con el discurso de Perón.

(...) Una difícil tarea es ésta para los hombres del futuro: lograr una integración que no consista en una nueva manifestación enmascarada de imperialismo; compatibilizar el universalismo con la indispensable preservación de la identidad de los pueblos. (Perón, 1974)

Perón alude a las manifestaciones enmascaradas del imperialismo. La sola alusión a este concepto configura una postura ideológica. El término imperialismo contiene en sí la construcción de sentido que atraviesa la temporalidad histórica en que se inscribe su

manifestación, como significantes que hegemonizan el sentido en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Menem podría ser un “hombre del futuro” de acuerdo con el discurso de Perón, y la globalización, una “nueva manifestación enmascarada de imperialismo”. Sin embargo, Menem responde desde otro lugar, desde el contexto discursivo de su época, en el que las ideologías han perdido sustento como paradigmas de construcción de lo político.

Hoy le estamos poniendo punto final a los ideologismos que tanto nos relegaron, marginándonos de inmensas posibilidades de progreso en el plano internacional. El mundo está alcanzando inéditos niveles en la distensión y cooperación entre las naciones de distintos signos políticos. El mundo está convocando a la Argentina para cumplir con el protagonismo que nuestra mejor tradición histórica nos traza y que nuestras necesidades de desarrollo e integración mandan. (Menem, 1989, Asamblea Legislativa)

Para Menem el planteo de Perón respecto de la integración de la Argentina en el mundo, constituye uno de los “ideologismos” a los que refiere en su discurso. Menem conoce el discurso de Perón, pero además sabe lo que la sociedad espera que diga, desde su condición de peronista. Para precisar mejor: sabe qué expectativas genera, en algunos por su condición de dirigente peronista, en otros, por creer que es capaz, desde esa condición, de cambiar la historia y; finalmente en otros, suponiendo que con ello sólo intenta mantener conforme al peronismo mientras su construcción política, social y económica, avanza en sentido contrario. Menem responde al discurso de Perón, no sólo desde un tiempo y lugar diferentes, sino también desde un marco ideológico que no es el del peronismo histórico. Así, la interacción entre ambos discursos estará sobre determinada, no solo por las opciones que toma Menem como enunciador, sino también por el contexto en el que se inscribe su discurso, desde el cual polemiza, abierta o subrepticamente con el discurso de Perón.

Al analizar el contexto de los 90, asumiendo la cultura como un dispositivo pensante y dinámico, podemos observar cómo esos discursos interactuaron de manera que unos fueron asimilados, hegemonizando el espacio discursivo de la época y otros fueron expulsados a los márgenes de la cultura. Desde esa mirada, resulta significativo el concepto de frontera de Lotman, pues alude al espacio de la cultura en el que se producen los intercambios que le confieren dinamismo y que en alguna medida funcionan como elementos desestabilizantes de la misma.

La frontera del espacio semiótico no es un concepto artificial, sino una importantísima posición funcional y estructural que determina la esencia del mecanismo semiótico de la misma. La frontera es un mecanismo bilingüe que traduce los mensajes externos al lenguaje interno de la semiosfera y a la inversa. (Lotman, 1996:26)

Del mismo modo, en relación con la función que cumple toda frontera en una cultura, se puede decir que tiende a limitar la penetración de elementos externos en el interior de la misma, a filtrarlos y elaborarlos adaptativamente. (Lotman, 1996: 26)

¿Es posible pensar desde esta perspectiva, los cambios estructurales que se produjeron en los 90? Probablemente sí, si consideramos el ingreso de algunos textos que hubiesen sido impensables en otro momento, pero que, merced a su reelaboración y adaptación, fueron asimilados a la cultura y pasaron a ocupar un lugar central en la misma, en detrimento de otros que fueron decididamente expulsados. Lotman sostiene

que, para una determinada semiosfera, esta realidad sólo deviene “realidad para sí” en la medida en que sea traducible al lenguaje de la misma. (1996: 26)

De manera análoga, hubo un contexto que facilitó la *traducción* a un lenguaje asimilable por esta cultura. Pero, además, para que ciertos textos traspasaran la frontera y fueran incorporados y asimilados a la cultura, fue necesaria una suerte de negación del sistema de valores que la habían sostenido hasta entonces, o al menos habían sostenido los textos que le conferían sentido.

Si por un momento nos volviéramos a situar en aquellos años, comienzo de los noventa, observaríamos cómo ese contexto de caos y desorden social (provocado entre otras razones por la hiperinflación), había generado también una gran decepción y en consecuencia la necesidad de un cambio generado en las antípodas del modelo vigente. Es sabido que una de las situaciones menos toleradas por el hombre, tanto en su condición individual como social, es la incertidumbre, no saber dónde está parado ni hacia dónde va. Balandier lo resume como el signo de una época cuando dice que la conciencia de desorden se intensifica y hace ver todas las cosas bajo los aspectos de la dispersión y la falta de control, pero ese desorden contemporáneo es en las cabezas y no sólo en las situaciones con las cuales cada uno, individualmente, se enfrenta. (2003:148)

El momento analizado marcó el comienzo de este “desorden” al que alude Balandier y que ha sido una de las características principales del cambio cultural ocurrido en las dos últimas décadas. Ese cambio estaba encarnado en la figura de Menem, quien recuperaba en la construcción de su discurso textos muy caros a la historia y a la afectividad de vastos sectores de la sociedad argentina. Conceptos de una gran fuerza simbólica, como revolución productiva, soberanía, recuperación de las Islas Malvinas, justicia social, entre otros, se impusieron por un breve lapso de tiempo, como plenos de sentido para esta sociedad, para luego ser desplazados sin que se manifestaran grandes resistencias.

En términos teóricos y funcionales a la vez, Lotman señala que la división en *núcleo y periferia* es una ley de la organización interna de la semiosfera. (1996) En ese sentido, la contundencia del proceso de globalización liberal por un lado, la necesidad de certezas o al menos de cierta previsibilidad en lo económico por otro y fundamentalmente el acceso al consumo, crearon las condiciones necesarias para la asimilación de textos que ingresaron al *núcleo* de la semiosfera; fueron centrales para la cultura e imperaron por más de una década.

Consideraciones finales:

La década del noventa constituyó una instancia disruptiva en la historia argentina, y los acontecimientos que signaron su devenir, dejaron huellas de mutaciones muy profundas en la sociedad. Esos cambios tuvieron lugar en el marco de la dinámica de una cultura concebida como sistema y también como proceso. Ese sistema homeostático –según las leyes de la física-, produce en ocasiones, desequilibrios temporarios vinculados a la preeminencia de determinados textos que en ella circulan.

En los 90, algunos textos que por años conformaron cierta forma de identidad cultural y social, fueron expulsados a la periferia y perdieron o cambiaron, en términos de su función, el sentido que habían tenido hasta entonces. En la fiebre de la globalización y el consumo, la Argentina parecía ser una sociedad que se desconocía a sí misma, e incluso asumía conductas que atentaban contra su propia existencia. Las representaciones sociales vinculadas a la globalización como un proceso indetenible, el fin de las ideologías, el pragmatismo privatizador, el progreso infinito como motor del desarrollo histórico, constituyeron los textos que en aquel momento hegemonizaron el espacio discursivo y condicionaron la producción de sentido en todos los ámbitos de la sociedad.

El discurso de Menem, en el marco de ese otro discurso que es el peronismo, acepta interpretaciones y explicaciones de diversa índole. Pero, la fuerte impronta del proceso globalizador y la euforia de lo que Zizëk llamó “los felices 90”, sobredeterminaron de manera notable ese discurso.

En la Argentina de los 90 se produjeron cambios que posibilitaron la incursión de políticas neoliberales, impensadas en la forma y magnitud en la que se instalaron. Pero la euforia del consumo, la ilusión del progreso y de ingreso al primer mundo, se fueron desvaneciendo en los últimos tiempos del menemismo y; como quien despierta de un sueño, esta sociedad comenzó a ver con crudeza, las consecuencias no deseadas de la implementación del modelo neoliberal.

Los acontecimientos de finales del 2001 marcaron otro punto de inflexión en la historia argentina. Constituyeron además el símbolo visible de una sociedad que ya no toleraba continuar bajo el rigor de un sistema que, pasada la ilusión de los primeros años, mostraba descarnadamente su rostro más duro. El impacto

de los 90 en todos los órdenes, había dejado su huella, y los cambios en la cultura, configuran un dato insoslayable, percibido, aún hoy, como una ruptura en la continuidad histórica de esta nación.

Panel 1: ¿Cómo pensamos los nuevos escenarios para la formación de grado y posgrado en comunicación?

Paula Marzulli (UCA), Daniela Monje (CEA-UNC), María Teresa Bernardi (UNCo), Claudia Ardini (ECI-UNC)

Enseñanza de la Comunicación

Pensar, desde la perspectiva de Bajtin, es siempre un pensar situado. Se piensa desde un lugar, desde un tiempo determinado, pero de esa dimensión cronotópica del pensamiento participan también otras dimensiones, otros aspectos que es necesario tener en cuenta cuando se reflexiona sobre un tema en particular.

En este caso, nos toca reflexionar sobre la formación en comunicación y quisiera entonces situar esta reflexión en los diferentes contextos en los que se inscribe:

En primer lugar, el contexto global en relación con el sentido de la educación en estos tiempos “líquidos” según la definición de Bauman. El autor señala la necesidad de revisar los marcos cognitivos a partir de los cuales se piensa la educación y sostiene que en el presente nuestros conocimientos están en un estado de “revolución permanente”. Esa condición de revolución, de cambio permanente, adquiere dimensiones superlativas en el campo de la comunicación y por supuesto, aún más de su enseñanza.

En segundo lugar, el contexto más próximo en el que se inscribe la reflexión sobre la formación en comunicación es el de Latinoamérica como espacio estratégico insoslayable si se piensa la formación con alguna posibilidad de fortaleza y nuestro país, y la realidad particular de cada provincia como escenario más inmediato en el que nos toca intervenir.

En tercer lugar, el ámbito más próximo que alimenta esta reflexión lo constituye obviamente la UNC y más específicamente la ECI como ámbito cotidiano que atraviesa todas las preguntas, dudas, cuestionamientos, aportes y discusiones sobre este tema.

El contexto global de la comunicación ¿Qué comunicación, para qué mundo?

¿Qué herramientas, que estrategias, que conocimientos requiere hoy un comunicador para abordar los procesos diversos que la comunicación protagoniza, modeliza, atraviesa? Procesos de orden social, político, pero también económico, financiero y geopolítico.

La complejidad del sistema-mundo de hoy, sólo puede ser comprendida si ingresamos en la lógica de los procesos que la constituyen. De cuánto sirven las competencias, los saberes que habilitan la práctica comunicacional, periodística o de otro orden, si no están enmarcados en una mirada más integral y totalizadora capaz de interpretar los acontecimientos, las decisiones, las acciones políticas, sociales, económicas inscriptas en lógicas que responden a nuevos reagrupamientos geopolíticos, determinados estratégicamente por las potencias dominantes, el capital financiero internacional y las corporaciones multinacionales?

Erik Neveu señala que se pretende cada vez más “hacer de la comunicación una orden expresa, es decir, una práctica necesaria para contribuir a una sociedad más armoniosa”. Quienes hacen comunicación en todos los órdenes y expresiones posibles que abarca ese

“hacer” no siempre lo hacen acudiendo al potencial transformador que contiene la comunicación. Asistimos con frecuencia a expresiones y contenidos que dan cuenta de una comunicación despojada de su responsabilidad social y política y, no pocas veces, funcional y tributaria del sistema injusto que impera en nuestro mundo.

Es difícil no ceder a la seducción que el vértigo de los avances tecnológicos propone. La tecnología disponible hoy, al servicio de la comunicación es comparable a la aparición de la imprenta, por el impacto disruptivo que tiene en las sociedades, en la cultura. Quizás más aún por el crecimiento exponencial que tienen las posibilidades de acceso a esas tecnologías y a la información. Eriksen sostiene que “en lugar de reordenar el conocimiento en estanterías pulcras, la sociedad de la información ofrece cascadas de signos descontextualizados que están conectados los unos con los otros de un modo más o menos azaroso”. ¿Qué destino tiene en ese contexto la producción de sentido? ¿o cuál es el sentido que en todo caso prevalece? ¿El sinsentido de una sociedad light, consumista y remisa a mirar críticamente el mundo en el que vive? ¿y los comunicadores? Y los medios?

Los medios son eso, medios, no son “la comunicación”. Las redes sociales son espacios donde se construye, donde circula información, a través de los cuales se comunica, pero tampoco son “la comunicación”. La publicidad, el marketing, la propaganda política, se relacionan con la comunicación, se valen de ella, pero no son “la comunicación”. Son las partes de un todo que es la comunicación. Pero en este caso la parte no define el todo.

La comunicación está en otra dimensión de análisis. Incluye todas estas manifestaciones, pero las excede. Todos los campos y disciplinas necesitan de ella, la comunicación también los necesita, pero a la comunicación ningún campo le basta para subsumirse en él. La comunicación no es reducible a ninguna de sus manifestaciones. Porque necesita observar y observarse, analizarse, en relación con las disciplinas de las que se nutre para construir su metodología y analizar la producción de sentido que circula en la sociedad. Se reclama a sí misma herramientas para poder comprender la complejidad del mundo y comprenderse en esa complejidad. Pero no solo eso. La comunicación es también acción. Para la dominación, cuando es funcional al sistema dominante o para la emancipación cuando sus razones son las razones del pueblo. Siempre es acción.

La Comunicación aporta una especificidad en la mirada de los procesos sociales, políticos y culturales, reconocida ampliamente por las comunidades científicas de otras áreas de conocimiento. El ámbito de la comunicación, en sus múltiples facetas, abarca una particularidad que comprende las prácticas sociales donde la perspectiva de trabajo se asocia a la producción del sentido, incluyendo al periodismo, el derecho a la información, los medios de comunicación, la planificación comunicacional, la fundamental importancia de los procesos comunicativos en la construcción de identidades y la relación de la comunicación con la cultura, entre otros.

La reflexión sobre la comunicación y sus posibilidades para transformar el orden político y social tiene que servir para cambiar, para subvertir viejas estructuras, para concientizar, para movilizar, para interpelar, para comprender la complejidad del mundo en el que vivimos. Si no está destinada a eso, servirá entonces para satisfacer los propios ámbitos de producción y reconocimiento académicos pero no para aportar a un mundo, que mientras avanza vertiginosamente científica y tecnológicamente, asiste impasible a la marginación de millones de seres humanos y a la progresiva destrucción del planeta.

Latinoamérica, el escenario imprescindible

Decíamos que esta reflexión se asienta en dos territorios: la nación Argentina en primer lugar y la gran Nación Latinoamericana como imperativo de nuestra propia existencia.

Hoy, en el país, la ley de medios audiovisuales habilita un contexto extraordinario y herramientas que abren caminos a la transformación social. El protagonismo de las carreras de ciencias de la comunicación, información o periodismo de las universidades nacionales hoy es descollante en términos de compromiso, aportes científicos y presencia pública. Sin dudas, eso contribuyó a la sanción de la Ley de Servicios de Comunicación Audiovisual n° 26.522. Como resultado y en el proceso de esa lucha, se ha reconocido el valor y la importancia de la comunicación social como derecho humano. Se ha colocado a la comunicación en una dimensión privilegiada. Así, ha llegado a producirse una situación impensable décadas atrás: que las carreras de comunicación estuvieran incorporadas en la agenda presidencial, junto a otras organizaciones sociales. Pero es claro que una ley por sí sola no promueve los cambios a los que en su concepción está destinada. Los comunicadores que se están formando deben tener dimensión de su protagonismo en los diversos procesos de implementación de la ley, pensando en ese valor agregado imprescindible que debe sumarse a la práctica profesional para que las sociedades avancen, para que los pueblos avancen en su lucha por justicia social, por soberanía, por derechos, que a través de la historia han sido conculcados, salvo en breves pero fundamentales momentos, que han servido para inclinar levemente la balanza, para adquirir conciencia de su propia fortaleza, para ser protagonistas de su propio destino.

En ese sentido, frente a un mundo globalizado, con una cultura transnacionalizada, por mucho tiempo y aún hoy, inevitablemente colonizada, la formación de comunicadores y periodistas exige por parte de las instituciones formadoras un abordaje sólido, capaz de integrar la diversidad en la especificidad imprescindible que reclaman los estudios de comunicación para abordar la complejidad del mundo actual desde un estatuto disciplinar que de cuenta del lugar de centralidad que ocupa la comunicación hoy. Desde ese lugar, el aporte a la comprensión y transformación que los comunicadores están en condiciones de hacer desde una propia “mismidad” como llaman algunos filósofos a la construcción de una cosmovisión latinoamericana.

¿Y por casa cómo andamos?

En este momento y en el marco de su proceso de facultarización, Ciencias de la Información se encuentra de lleno abocada a la revisión de su propuesta académica, lo que implica desde ya la revisión de su plan de estudios, pero más allá de eso, la discusión acerca de qué comunicadores se van a formar, para qué mundo, con qué perfiles, etc.

Diálogo con la historia, con el plan vigente, con la comunidad, con el ingreso, la experiencia de los egresados, el contexto de las carreras de Comunicación en el país y en Latinoamérica.

Consideraciones finales

En un sistema que digiere, engulle y capitaliza cada una de las intervenciones de la resistencia, parecieran quedar pocos resquicios para el pensamiento crítico, cuestionador de una sociedad mediatizada y guiada casi absolutamente por el mercado. Sólo una revolución cultural sostiene Bauman, puede revertir esta situación. Y agrega: “Y por muy limitado que parezca el poder del sistema educativo actual- que se halla él mismo sujeto al juego del

consumismo-, tiene aún suficiente poder de transformación para que se pueda contar entre los factores prometedores para esta revolución”.

En ese sentido, la mirada al campo disciplinar de la comunicación y a la formación de los comunicadores nos ubica en un territorio cada vez más amplio y vasto, en el que de la mano de la tecnología ingresan cotidianamente, nuevos componentes que complejizan y a la vez renuevan su abordaje. Esa mirada exige una vuelta reiterada al objeto, al proceso y a los procesos que la constituyen. En consecuencia, la formación en comunicación requiere cada vez más de procesos dinámicos, inter y transdisciplinarios, flexibles en la asimilación de la innovación y avances tecnológicos y culturales, pero a la vez sólidos, profundos y críticos en sus desarrollos teóricos.

Finalmente, aspiro a que quienes formamos en comunicación estemos cada vez más convencidos que tenemos la responsabilidad de formar mucho más que profesionales, hombres y mujeres capaces de pensar y actuar como protagonistas de las transformaciones de su entorno, desde un pensamiento crítico, emancipador y a la vez anclado en su propia realidad política y social.